

tercera parte, no se obvian las cuestiones que necesitan una respuesta y no una sospecha: la autoridad apostólica de los autores de los evangélicos, el final canónico de Marcos, etc. Una tercera nota, que profesores y alumnos agradecerán, son las exposiciones exegéticas –en el capítulo 5, al tratar de cada evangelista y en otros lugares del volumen– en las que se enseña a estudiar un texto bíblico en sus distintas fases: crítica textual, literaria, histórica, etc.

Respecto de la tradición, el libro tiene un tono inclusivo. No busca lo esrafalario ni lo novedoso, aunque la bibliografía está actualizada: dominan escritos publicados en los últimos 30 años. Además, no cae en la tentación, demasiado frecuente en la exégesis moderna, de querer corregir el significado inmediato de los textos. Desde el punto de vista exegético, se rige por el paradigma preconizado en «*Verbum Domini*», nn. 34-36: el que aúna el estudio histórico y literario con el teológico y eclesial que supone la unidad de la Escritura.

El estilo es claro y la información bastante completa. No parece un texto fácil de memorizar. Le resultará más instructivo a quien conozca bien los evangelios, aunque entenderá mejor los evangelios quien lo haya leído y lo tenga a mano.

Vicente BALAGUER

---

**Joseph RATZINGER-BENEDIKT XVI**, *Künder des Wortes und diener eurer Freude. Theologie und Spiritualität des Weihesakramentes* (Gesammelte Schriften, 12), Freiburg-Basel-Wien: Herder, 2010, 868 pp., 14,5 x 22, ISBN 978-3-451-3305-1.

La presente edición de las obras completas ratzingerianas bajo la dirección de Gerhard Ludwig Müller, antiguo catedrático de dogmática en la *Ludwig-Maximilians-Universität* de Múnich y actual obispo de Ratisbona, ofrece cumplidas referencias sobre la labor realizada por la *Joseph Ratzinger-Benedikt XVI. Stiftung*, de esta misma ciudad bávara. En la introducción, Müller recuerda que la figura del sacerdote no sólo ha de verse respecto a la crisis propuesta por la Reforma, sino sobre todo a la luz del decreto *Presbyterorum ordinis* (1965) del Vaticano II (cfr. p. 6). Le parece que es esta una señal de identidad de los escritos ratzingerianos sobre teología del ministerio, y cons-

tituye esta una primera clave de lectura de todos estos escritos sobre el ministerio sacerdotal. Los textos aquí contenidos (que van desde la teología del diaconado, presbiterado y episcopado, hasta el celibato, el sacerdocio de la mujer, la enseñanza moral o la espiritualidad sacerdotal) recuerdan de modo continuo la condición teológica del sacramento del orden, lo cual explica por qué Ratzinger hace primar la dimensión ontológico-sacramental sobre la meramente funcional.

Aquí encontramos una segunda clave de lectura. Las referencias a Cristo, a la Iglesia y a la apostolicidad como nota irrenunciable de la Esposa de Cristo son continuas, así como el «horizonte trascendente y la perspectiva escatológica» (p. 7). Esto explica la dirección descendente con que, en ocasiones, afronta las cuestiones debatidas en torno al ministerio (cfr. «Das Priestertum des Mannes – ein Verstoß gegen die Rechte der Frau?», 1977; «Grenzen kirchlicher Vollmacht», 1994; «Zum Zölibat der katholischen Priester», 1977). La voluntad de Cristo resulta una referencia fundacional a la hora de entender la Iglesia y su ministerio. En este sentido, las cuestiones sobre el celibato o la ordenación de la mujer las resuelve de un modo detenido y detallado, en las que la Escritura leída en la tradición de la Iglesia ocupa un lugar preponderante en la exposición teológica. La visión teológica del autor resulta unitaria, y encuentra de este modo su coherencia lógica respecto a la propia eclesiología y teología de la Revelación.

Sin embargo, esto no impedirá que el autor se tome en serio las principales objeciones a la teología del ministerio propuesta en la Iglesia católica. Ratzinger ofrece así un rico itinerario teológico que comienza con el análisis del ministerio en la teología protestante durante los años cincuenta y sesenta del siglo anterior, que confronta con la teología bíblicamente fundada del orden sacerdotal, tal como defienden las Iglesias católica y ortodoxa (cfr. «Das geistliche Amt und die Einheit der Kirche», 1963). Nos encontramos aquí frente al concepto de sacerdocio, que está íntimamente unido a la noción de sacrificio en general, y del sacrificio eucarístico en particular, tal como enseñó en su momento el concilio de Trento. Este problema es todavía decididamente actual. Así, la mediación sacerdotal del presbítero resulta un elemento indispensable en la teología del ministerio, tal como la entiende la teología católica (cfr. «Vom Wesen des Priestertums», 1991). La crítica protestante opondría la doctrina sobre el sacerdocio común contenida en 1 Pe 2,5, frente al sacerdocio de origen sacramental en unión con Cristo como sumo Sacerdote que propone la epístola a los hebreos.

Los desarrollos exegéticos son frecuentes y continuos, lo cual hace entender que para Ratzinger la Escritura supone un claro punto de partida en sus razonamientos teológicos (cfr., por ejemplo, pp. 107-127). Tras los mencionados desarrollos bíblicos, en los que la historia ofrece un marco interpretativo, el autor procede al final a la síntesis. En ella Ratzinger critica la exégesis protestante que negaba la dimensión cultural del ministerio (la cual considera guiada por unos principios previos ajenos al mismo texto). Así, el teólogo alemán prueba no sólo con argumentos bíblicos sino también con la concordancia de la tradición de los primeros siglos del cristianismo, la cual se muestra en sintonía con las conclusiones de los concilios de Florencia, Trento y Vaticano II. La fundamentación del sacerdocio no se encuentra sólo sin embargo en la epístola a los hebreos, sino en la misma figura de Cristo y de su misión, quien ha de ser casa y templo del Padre (cfr. Lc 2,49). La misma divinidad de Jesucristo como Verbo eterno del Padre, íntimamente unida a su encarnación histórica, hace que pueda ser Maestro, Pastor, Sacerdote, Mediador y Salvador. Esta acción del Jesús prepascual se encontrará de igual modo en perfecta sintonía con la misión del Espíritu el día de pentecostés (cfr. «Zur Frage nach dem Sinn des priestlichen Dienstes», 1968; «Der Priester im Umbruch der Zeit», 1969; «Das priestliche Amt», 1970; «Unser priestliche Dienst», 1979).

La fundamentación bíblica dará pie a ulteriores argumentos dogmáticos. Junto a esta misión del Hijo, y a continuación de ella, se encuentra la misión de los apóstoles de ir «a todo el mundo» (Mt 24,14). Los apóstoles instauran así –sigue diciendo Ratzinger– una línea histórico-sacramental que se extiende en el espacio y el tiempo, con el establecimiento de la Iglesia universal y las Iglesias locales en toda la tierra. El ministerio vendrá de esta forma a continuar la acción apostólica que hace presente la acción divina en la historia y en el mundo (cfr. «Opfer, Sakrament und Priestertum in der Entwicklung der Kirche», 1972; «Die kirliche Lehre vom sacramentum ordinis», 1981). A pesar de ser los términos «obispo», «presbítero» y «diácono» de origen profano, ha de subrayarse su origen cristológico y su unidad con el ministerio apostólico. De este modo recuerda la importancia de la oración e imposición de manos, invocando la asistencia del Espíritu, en el momento de la ordenación (cfr. Hch 6,6; 14,23; 15,4; 1 Tm 4,14), no aceptada de modo pacífico por la misma teología protestante, a lo que se une el problema de la sucesión apostólica, ya recordado por el último concilio (cfr. UR 22).

Tras la esencia y vocación del ministerio, el teólogo bávaro se ocupará de su misión y de las tareas propias del ministro, en cualquiera de sus tres grados.

De esta manera, tanto el obispo como el presbítero (cfr. Hch 20,28) son «servidores de la Palabra», administran el perdón de los pecados y apacientan el rebaño de Dios. Cuando realizan esta función en nombre de Cristo, es Cristo mismo quien realiza esta tarea: es él quien habla, cura y guía (cfr. «Bischof und Kirche», 1972; «Der Bischof ist ein Christusträger», 1977). La insistencia en la única mediación en Cristo será por tanto una de las condiciones de partida, al mismo tiempo que establece la necesidad de la mediación ministerial en el único Mediador. Esta condición del ministro como intermediario no puede ser entendida fuera o en paralelo a Cristo, sino en una neta línea de continuidad, tal como prueba Ratzinger a partir de los textos de la Escritura neotestamentaria (cfr. «Der Priester als Mittler und Diener Jesu Christi im Licht der neutestamentlichen Botschaft», 1972). En estas líneas se fundamenta la comprensión bíblica que tiene Ratzinger del ministro como servidor de la Palabra, de los sacramentos y en el pastoreo del pueblo de Dios.

Como estamos viendo, el panorama es rico y complejo, sobre todo si se tienen en cuenta las propuestas formuladas por la teología en el siglo anterior. Además, en todos estos temas existen puntos de contacto en el diálogo ecuménico (es uno de los temas más delicados: el del ministerio y la autoridad en la Iglesia), pero también son presentadas algunas dificultades al respecto, que bien deben ser estudiadas y solventadas en la medida de lo posible. El estudio que realiza el teólogo bávaro en perspectiva ecuménica puede ser de gran utilidad en este sentido, pues en él ofrece unos criterios de diálogo y discernimiento que podrían ser de gran utilidad. El problema se encuentra de esta forma también en la noción de Iglesia y de autoridad, tal como el mismo Ratzinger aborda también por ejemplo en *Demokratisierung der Kirche* (1970). En concreto, en este texto de origen dialogado hace ver cómo la relación existente entre Escritura, tradición y magisterio tendrá unas consecuencias claras en el modo de afrontar el problema. También la manera de entender la misma Revelación, como un acto de trascender una visión meramente individual y subjetiva. En fin, la ideología ha hecho también valer sus derechos, y ha condicionado incluso las condiciones de posibilidad de la misma teología.

De manera que existen problemas ideológicos y teológicos de fondo, y el diálogo ecuménico en torno al ministerio deberá ir en profundidad –según lo entiende Ratzinger–, antes de extraer soluciones puntuales. Se habla de esta forma también en estas líneas de la dimensión universal del ministerio episcopal, tanto en lo que se refiere a la Palabra como al gobierno (cfr. «Der Auftrag des Bischofs und des Theologen angesichts der Probleme der Moral in unse-

rer Zeit», 1984; «Der Bischof – Kunder und Hüter des Glaubens», 2001). Estos escritos nacen de modo claro de la praxis de la Iglesia, pero este hecho no los hace menos valiosos, sobre todo si tienen detrás –como es el caso– una sólida profundización teológica. En este sentido, se propone aquí no sólo al obispo como sucesor de los apóstoles, sino más en concreto al romano pontífice como el sucesor de Pedro, quien preside a su vez todo el colegio apostólico. En estas páginas aparecerán también los primeros estudios ratzingerianos sobre episcopado y primado (cfr. «Primat, Episkopat und Successio apostolica», 1961; «Die pastoralen Implikationen der Lehre von der Kollegialitat der Bischofe», 1965).

En fin, respecto a la espiritualidad sacerdotal –a la que dedica casi cien páginas–, Ratzinger recuerda que la misión del presbítero como ministro de la Palabra y signo de Dios en el mundo sólo puede llevarse a cabo en el seguimiento de Cristo, tal como expone en *Diener eurer Freude* (1988) y otras homilías, meditaciones y breves artículos (puede verse por ejemplo: «Aufbauen zu einem geistigen Haus», 1983; «Bereitung zum priestlichen Dienst», 1990). En las homilías de Ratzinger con motivo de meditaciones dirigidas a sacerdotes, ordenaciones, misas crismales, primeras misas (*Primiz*) o jubileos sacerdotales (bastante numerosas: más de trescientas páginas), puede ser apreciada la intrínseca unidad existente entre teología y predicación, que constituye a su vez una de las constantes en el pensamiento del teólogo Ratzinger. Así, insiste en cómo el sacerdote ha de tener una buena formación teológica y mantenerse en contacto con la teología académica, al mismo tiempo que requiere una interioridad que sea adecuada al ministerio que ejerce. El teólogo-papa no sólo establece los fundamentos teóricos del ministerio, sino que sobre todo lo considera como una vocación, como «el ministerio de la nueva alianza, que se deja guiar por el Espíritu y la vida» (2 Co 3,6).

Pablo BLANCO